

Alfonsín: un discurso con acentuada carga política

El siguiente es el texto del discurso que pronunció ayer el presidente Raúl Alfonsín en la localidad cordobesa de Las Perdices con motivo del centenario de su fundación:

Señor gobernador de la provincia, señor intendente municipal, querido amigo, señor Caffaratti, amigos todos: Feliz cumpleaños. Recien, este gobernador de lujo de la provincia de Córdoba nos recordaba el esfuerzo de quienes en el pasado fueron pioneros y llegaron a construir, en esta parte de la Argentina, todo lo que hoy vemos. Cien años atrás, en circunstancias realmente duras y difíciles, llegamos de Italia, de España, de Francia y Alemania con sus ilusiones fincadas primordialmente en el desarrollo de una vida vivible para todas sus familias y, con esfuerzo extraordinario, nos legaron todo lo que hoy tenemos.

En circunstancias como estas, en las que juntamos nuestro recuerdo a los que ya no nos acompañan, con el compromiso de seguir el ejemplo y nos preguntamos, con toda la honradez posible, y preguntamos a quienes ya no nos pueden responder, porque no están, por qué actuaron como lo hicieron y por qué dejaron de hacer tal cosa y cómo pudieron brindarnos tanto, trabajar tanto y progresar tanto, nos damos cuenta que en la historia de los pueblos hay circunstancias en las que los objetivos particulares del individuo o de los grupos se juntan con otros objetivos, también particulares, para lograr casi milagrosamente coincidencias que permiten el surgimiento de proyectos comunes y doctrinas nuevas que posibilitan el avance del conjunto, desarrollando con eficacia una acción que supera el egoísmo.

Tiempo histórico fundamental cuando un pueblo se interroga a sí mismo para saber de donde viene y adónde quiere ir. De precisión que se da pocas veces en la historia de los pueblos y cada pueblo y cada circunstancia tiene su carga distinta en el dramatismo de la pregunta. A nosotros la pregunta nos toca realizarla en un tiempo en que el pasado pesa con mucha fuerza sobre nuestras conciencias.

Pero nos preguntamos los argentinos precisamente por el peso, por el dramatismo de lo que estamos dejando atrás. ¿Qué queremos para nosotros?, y observamos que la respuesta que nos viene de muy distintos sectores permite la elaboración de comunes denominadores que han de posibilitar, a su tiempo, que entre todos, más allá de nuestras divisiones, más allá de nuestras discrepancias, más allá de las frustraciones que nos puede provocar la coyuntura, desplazando ideologías, superando egoísmos, podamos ponernos a construir utopías, nos pongamos a definir el futuro. Son éstos tiempos fundacionales.

Esfuerzo conjunto

La pregunta que formulamos a quienes no nos pueden contestar ya, es: ¿cómo es que lo-

graron hacer tanto en tan poco tiempo? y la respuesta la estamos dando nosotros con nuestra decisión de luchar con el mismo esfuerzo para hacer la Argentina grande que nos merecemos.

Desde luego, no puede haber una marcha de esta magnitud sin el esfuerzo del conjunto; sería realmente absurdo que se pretendiera dejar el devenir en manos de un guía esclarecido y tampoco puede ser todo intuición y nada más. Debemos tener planes, pero no planes cerrados, planes abiertos que puedan ser acompañados por todos y de hecho superen las diferencias y discrepancias, porque es mucho el tiempo que podríamos andar juntos, dejando para más adelante la discusión acerca de los aspectos más sofisticados de la ideología de cada uno.

Planes que no pueden ser tan rígidos como para que se quiebren en el primer contacto con la voluntad de ejecutarlos; ni tampoco tan flexibles como para que puedan desaparecer antes de concretarlos.

En definitiva, no estamos dispuestos hoy los argentinos a escribir nuestro futuro en la arena del tiempo; sabemos cuales son nuestras limitaciones, pero también conocemos cual es la fuerza que tenemos los argentinos cuando nos disponemos a luchar juntos para engrandecer la Nación.

Tenemos ya, al alcance de la mano, ese futuro: estamos construyéndolo, pero sin duda todavía hay varios problemas que impiden este raudo desenvolvimiento de la sociedad argentina.

Deseo referirme hoy a algunos de estos problemas que debemos superar los argentinos sin distinción ninguna de partidos políticos. Cuando en 1983 nos hicimos cargo del Gobierno, la Argentina se sumó decididamente al grupo de países que postulan la democracia pluralista como la mejor forma de organización de la sociedad y la mejor forma de gobierno. Dejaba en ese instante, definitivamente, un camino sinuoso que nos había mostrado ante el mundo como levantando principios y valores que fueron sepultados por la civilización en la Segunda Guerra Mundial.

Comenzábamos a transitar el camino acompañados por el prestigio de quienes defienden la dignidad del hombre y su libertad y en todos los foros internacionales, sin excepción y cualquiera fuera el auditorio, definimos la posición de la Argentina y sostuvimos con claridad absoluta que esa clara definición antifascista se colocaba al lado también de nuestro rechazo absoluto a gobiernos de partido único o de dictaduras del proletariado. Aunque toda una historia que conocen los argentinos, nos acompaña, el presidente de la Nación sigue dispuesto a dar examen todos los días de su convicción democrática.

La política exterior

Toda esa política exterior estuvo dirigida a lograr un objetivo fundamental: la inde-

pendencia de la Argentina en el campo de la libertad, en el respeto por la autodeterminación de los pueblos y por la no intervención. Pusimos en el mundo de relieve el sentido ético que impregnaba nuestra política exterior para conformar una acción que, de todas las formas, garantizara y asegurara la capacidad de decisión independiente de la Argentina. Esto se ha logrado, esto es ya una realidad, porque la Argentina está acompañada por el respeto de todos los países de la Tierra, precisamente, porque ha sabido defender su independencia.

Pero, aparentemente, no todos entienden esto. Parto de la base de algo que creo que ustedes han de compartir absolutamente: no puede haber un pueblo libre en un país que no es independiente; no puede haber soberanía popular en un país que no ha logrado el respeto a su soberanía nacional. Pero al mismo tiempo que el pueblo argentino avanza orgulloso hacia el logro definitivo de estas metas, aparecen con más decisión que nunca, o quizás, por lo menos, con más entusiasmo que nunca, quienes preconizan en la Argentina la conveniencia de la dependencia.

Les quiero dar un ejemplo: Hace muy poco, se produjo un voto de la Argentina en Ginebra en la Comisión de Derechos Humanos a raíz de una condena propiciada por los Estados Unidos contra Cuba. Todos los mecanismos internacionales tienen sus características; en el caso de la Comisión de los Derechos Humanos de Ginebra, hay una habitualidad que es que, antes de producirse la condena, se realice un análisis, una investigación de la situación. A veces, van comisiones investigadoras, pero de todas formas, transcurre un tiempo antes de la decisión correspondiente.

Como ejemplo, les digo que la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra cerró en 1984, luego del acceso de la democracia al poder, el caso inscripto y abierto contra la Argentina sin que se hubiera llegado siquiera a la condena y al estado público.

Esta habitualidad ha sido sostenida siempre, incluso por los Estados Unidos, en un voto que realizó en noviembre de 1986. La Argentina, y los Estados Unidos también, han estado preocupados permanentemente para que no se fueran a utilizar con fines políticos estos mecanismos internacionales que debemos cuidar y preservar porque son extraordinariamente útiles para la preservación de la paz.

A nosotros nos ha costado mucho dolor no vivir en democracia; hemos tenido que sufrir mucho para no darnos cuenta de lo que significa la democracia.

Desde el punto de vista personal, filosófico-político, realmente creo que hay negación de derechos humanos en cualquier país que no goza de pluralismo, de cualquier naturaleza que éste sea. Pero esta es una convicción filosófica, y si lo siguiéramos en todos los casos, tendríamos que condenar a la mayoría de los países de la Tierra, porque en este caso hay, sin duda, desde ese punto de

vista, por lo menos de acuerdo con mi criterio, violación de los derechos humanos.

Preservar mecanismos

Pero de lo que se trata es de preservar mecanismos -como dije-, y además también se trata de defender un criterio que venimos levantando en América latina, no sólo en la Argentina, porque el voto no fue sólo de la Argentina, el voto también fue de los otros países que nos acompañan en esa comisión: fue de México, fue de Venezuela, fue de Colombia y fue de Perú. Todos nosotros estamos trabajando con ahínco por la paz en la región, por la seguridad en la región y creemos en la conveniencia de agotar todas las posibilidades, como de hecho lo hicimos y también lo conocen los Estados Unidos, con el propósito de buscar la forma de moderar las fuerzas, encontrar fuerzas moderadoras en todos los procesos de transición hacia la democracia que todavía está viviendo América latina, sin que enfrentamientos ideológicos de carácter interno puedan llevar a la guerra interna o a la devastación. Esta es la tarea importantísima que venimos desarrollando las democracias de América latina. Estamos persuadidos -como dije-, que queremos las democracias pluralistas; luchamos por ello, seguiremos luchando por ello. La Argentina está dispuesta a condenar cualquier violación de derechos humanos, pero al mismo tiempo también está dispuesta a preservar su independencia de criterio porque, de lo contrario, sería un satélite y no un país independiente.

Nuestras relaciones con los Estados Unidos son buenas pero no porque estemos de acuerdo siempre sino porque siempre nos definimos de acuerdo con nuestras propias concepciones y convicciones; es previsible la Argentina, está en el campo de la libertad, defiende su independencia y procura la integración de América latina.

Hay otro problema que también debemos superar. Es como si el pasado nos corriera, como si quisiera alcanzarnos; hay gente que está amarrada a ese pasado, como anclada al pasado y su actitud se traduce permanentemente en un "todavía no, todavía no". "No es tiempo todavía", se nos dice para trasladar la Capital Federal a la Patagonia, porque es presuntamente muy costoso. "No es tiempo todavía para la integración con el Brasil, porque es inconveniente". "No es tiempo todavía", para la integración de América latina, porque hay demasiada pobreza. "No es tiempo todavía", para el Seguro de salud; "no es tiempo todavía", para el desarrollo de la Patagonia porque estamos en crisis; "no es tiempo todavía", para sacar las empresas del Estado de la Capital Federal y llevarlas al interior de la República, porque es complejo; "No es tiempo todavía", para la reforma del Estado; "No es tiempo todavía", para la reforma constitucional, total puede seguir unos años más; no es tiempo para la reforma administrativa; no es

tiempo todavía para que nos ocupemos en las tribunas de los diversos foros internacionales y seamos protagonistas en los problemas del mundo, porque no hemos resuelto los problemas internos. No es tiempo todavía y mientras tanto, se desarrolla en el planeta un cambio colosal; profundas transformaciones a las que no hemos tenido acceso porque se consideraba que no era tiempo todavía.

Y ahora, estamos frente a esta alternativa de hierro, seguiremos atados al pasado peleándonos por la historia, discutiendo la cosa chica de problemas chicos o nos damos cuenta que es el tiempo de mirar con la mirada de siempre, la mirada del pueblo, a las mismas cosas que serán otras cosas. Es tiempo de hablar con las mismas voces, las voces del pueblo, cosas distintas para encontrarnos todos en esta posibilidad, en este momento fundacional, en esta circunstancia precisa de este tiempo argentino, en este punto de inflexión que nos permitirá ser honrados por nuestros nietos, nada más ni nada menos que ser honrados por nuestros nietos, como nosotros honramos hoy a nuestros abuelos.

Los juicios

Pero para desarrollar esta acción fuerte, entusiasta de nuestro pueblo, debemos superar también otro problema que está vinculado en cierta forma a esto que decíamos del pasado; me refiero al problema de los juicios con motivo de la represión.

Cien veces me he referido a este tema. Lo hice de manera particular durante la campaña electoral, de modo que considero que lo que manifesté durante esta campaña electoral, es un verdadero compromiso que he contraído con el pueblo y que estoy dispuesto a cumplir usando para ello todas las facultades que me otorga la ley.

Dijimos que había tres grados de responsabilidades: una responsabilidad de quienes habían puesto en marcha, con su decisión política, la metodología; una responsabilidad distinta para quienes se habían excedido en el cumplimiento de las órdenes, y otra responsabilidad, también distinta, de quienes habían cumplido las órdenes en circunstancias tales que prácticamente constituían una coerción.

Cien veces dijimos que "no es tiempo de revanchas, queremos mirar hacia adelante", pero no construiremos la democracia tampoco sobre claudicaciones éticas. Es por eso que reiteradamente hemos afirmado nuestra comprensión por el dolor de los familiares de los desaparecidos, pero al mismo tiempo, hemos rechazado terminantemente cualquier intención de justificar una metodología repugnante que pretendió, con sentido elitista, llegar al poder.

Del mismo modo hoy comprendemos la inquietud de algunos camaradas de quienes se encuentran sometidos a proceso; pero rechazamos igualmente la pretensión de identificarse con una metodología perversa que no

es cierto que fuera necesario utilizar para combatir definitivamente a la subversión como lo prueban las luchas que dan las democracias del mundo.

Son los nazis

De todos modos, esto puede interpretarse, tal vez con esfuerzo, dentro del marco de un concepto equivocado de la camaradería. Pero hay otros grupos que actúan distinto, es como si hubieran estado esperando al acecho este momento argentino, son los nazis de siempre fundamentalistas extinguidos en otras partes del mundo, que aquí han conspirado permanentemente contra la democracia y contra el pueblo. Que no se confundan por el hecho de que tengan alguna llegada a los medios de difusión; no significa que tengan llegada a la opinión pública. Que no se confundan esos señores que se proclaman luchadores contra la subversión y al mismo tiempo ponen bombas y amenazan a ciudadanos.

Los argentinos podemos discutir, sin duda airadamente en muchos casos, pero no nos van a encontrar en este terreno, peleando a los peronistas y a los radicales; vamos a estar juntos y codo con codo para defender a la democracia de los argentinos.

Tampoco es cierto que se haya actuado de esa manera para devolver la democracia a los argentinos. Se decía que, por lo contrario, las urnas estaban bien guardadas y a no ser por el desastre económico, por el desastre bélico y el relevo de jefes con otro sentido de la responsabilidad, y la lucha del pueblo, seguirían llenas de telarañas.

Vamos, también en este caso, a actuar con sensatez los argentinos. No se trata sólo de una decisión del Poder Ejecutivo; no se trata sólo de la tradicional posición de la Justicia, referida como corresponde a la objetividad y a la eficacia; se trata del pueblo en su conjunto que no desea la revancha, que quiere la justicia y sobre todo se trata de ese deseo encarnado en cada mujer y en cada hombre que busca trabajar por la reconciliación de la familia argentina.

La visita papal

Dentro de poco hemos de vivir días extraordinarios los argentinos, el Papa estará entre nosotros y pienso que, más allá de la actitud de todos los fieles, estará acompañándolo la alegría de todos los argentinos sin excepción y sin distinción de credos.

Somos deudores del Papa. Viene ese peregrino de la paz después de haber realizado la más conmovedora reunión ecuménica en Asís para orar por la paz; pero además somos deudores directos en algo que nos ha tocado tan de cerca: su mediación fue decisiva para evitar una lucha fratricida.

Recibámoslo todos como se merece y pidámosle que ore por la paz en la región y por la reconciliación de nuestras familias.

Muchas gracias.

La actividad presidencial